



“Antecedentes”

p. 11-20

*Los orígenes del partido único en México*

Alejandra Lajous

2da. edición

México

Universidad Nacional Autónoma de México

Instituto de Investigaciones Históricas

1981

270 p.

(Serie Historia Moderna y Contemporánea 11)

ISBN 968-58-2608-0

Formato: PDF

Publicado en línea: 30 de noviembre de 2023

Disponible en:

<http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/170a/partido-unico.html>

D. R. © 2023, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



## **PRIMERA PARTE**

### **EL PARTIDO NACIONAL REVOLUCIONARIO**





## CAPÍTULO PRIMERO

### ANTECEDENTES

#### *El caudillismo revolucionario*

El primer efecto que la Revolución de 1910 tuvo sobre el sistema político que la precedió fue el resquebrajamiento de la centralización del poder. El gobierno del general Porfirio Díaz logró, a través de sus treinta años en la Presidencia de la República, establecer una maquinaria política muy afinada que respondiera directa y exclusivamente a sus designios. Sin embargo, esta maquinaria política no pudo trascender institucionalizándose porque fue creada y funcionaba sin otra ley que la voluntad personal del mismo general Díaz. Vista en conjunto y a partir de su ápice central, tal maquinaria formaba un conjunto global, útil y eficiente; pero vista desde alguna de sus partes, carecía de unidad, lo cual tenía por objeto impedir la posibilidad de que las partes se coligasen contra el centro. Díaz creó un centralismo político informal, pues fincó su poder en relaciones o acuerdos personales y no en instituciones. Por ello su desaparición se convirtió en la ruina del sistema, mismo que se derrumbó automáticamente para dar paso al regionalismo político que caracterizó no sólo al periodo revolucionario, sino también a la época inmediatamente posterior.

Durante la Revolución, el poder del caudillo se fracturó formando diversas facciones o cacicazgos, y la lucha armada no llegó a su fin sino hasta que uno de ellos alcanzó preeminencia nacional. Pero antes de seguir adelante, si hemos de hablar de caudillos y caciques, conviene hacer un paréntesis para precisar dichos términos. Aceptamos la tipología propuesta por el historiador Moisés González Navarro:

Probablemente se podría establecer el “tipo ideal” de caudillos y caciques, considerando como características de los primeros una mentalidad urbana, una obra de alcance nacional, el cambio social, un programa, y el tránsito de la dominación carismática a la legal. Los caciques, en cambio, representarían una mentalidad rural, una obra de alcance regional, el statu quo, una *jacquerie*, y el tránsito de la dominación carismática a la tradicional. Conforme a este

criterio, Madero, Carranza y Obregón pueden considerarse caudillos; Villa y Zapata caciques.<sup>1</sup>

Venustiano Carranza, al ocupar el poder ejecutivo como primer jefe del ejército constitucionalista y luego como presidente de la República, tuvo que dirigir su atención hacia lo que él llamó “la pacificación del país” y que, de hecho, venía a ser la imposición de su preeminencia, ya que las facciones surgidas hacia fin del periodo porfirista continuaron obstaculizando el ejercicio de una verdadera autoridad central. Muchos de los generales que habían participado en el movimiento armado, y que habían creado sus propios ejércitos de lealtad personal, no parecían conformarse con la influencia regional a que el caudillaje de Carranza los limitaba.

Emiliano Zapata y Francisco Villa, por mencionar a los más conocidos, pretendieron ampliar sus cacicazgos. Carranza, congruente con su ambición caudillista, utilizó todos los medios represivos a su alcance para mantenerse en el poder. Zapata fue asesinado a traición el 10 de abril de 1919 y Villa, aunque presionado, no depuso las armas sino hasta el 28 de julio de 1920, cuando su posición militar resultaba insostenible y el gobierno estuvo dispuesto a subvencionar su retiro.

Resulta evidente que Carranza no contó con un ambiente que le permitiese debilitar el poder amasado por sus propios generales, los constitucionalistas. Prueba irrefutable de ello fue su incapacidad para controlar al general más prestigiado del grupo cuando éste sintió llegar su momento para ocupar el sillón presidencial.

Por su parte, Álvaro Obregón demostró que al término de la Revolución el poder político fue heredado por los generales triunfantes. Su capacidad militar, exhibida en múltiples ocasiones, le dio la primacía natural sobre ellos, lo que le permitió, en el momento conveniente, el 23 de abril de 1920, dar un golpe de estado mediante la rebelión llamada de Agua Prieta y apoderarse de la primera magistratura. Obregón ganó la partida porque puso en evidencia la fuerza del carisma, base indispensable de todo caudillismo.

Álvaro Obregón gobernó con una relativa centralización política: su personalidad y prestigio le dieron la suficiente autoridad moral para hacerse respetar por todos los militares. Él, a su vez, supo premiar la lealtad de que fue objeto mediante la concesión de puestos públicos y de canonjías económicas. Dicha relación condujo inevitablemente al fortalecimiento de los cacicazgos. Surgieron auténticos feudos en los que sus dirigentes se convirtieron, podemos decir, en señores “de horca y cuchillo”, pero en los que se respetaba la lealtad básica a Obregón. De nuevo nos encontramos con un centralismo personalista

<sup>1</sup> Moisés, González Navarro, *La Confederación Nacional Campesina. Un grupo de presión en la reforma agraria mexicana*. México, Costa Amic, 1968, p. 86.

carente de instituciones. El sistema político de Díaz resurgió, pero ahora en manos de una nueva élite.

Calles fue seleccionado e impuesto en la Presidencia de la República por Obregón y las fuerzas obregonistas. La instrumentación de dicha decisión requirió del esfuerzo militar más importante que haya habido después de la Revolución de 1910, y que consistió en sofocar la rebelión delahuertista. Este movimiento armado fue trascendental porque, al triunfar los obregonistas, la élite político-militar fue depurada y se redujo a un grupo relativamente homogéneo.

Calles había logrado el favoritismo de Obregón por haber sabido aportar a este último, durante su gobierno, la colaboración de fuerzas políticas no militares: los obreros organizados a través de la Confederación Regional de Obreros Mexicanos (CROM). La fuente del poder de Calles se originó en su habilidad político-administrativa o burocrática, y no en el carisma, arraigo regional o genio militar tan propios de los caciques de la época.

Calles gobernó con el apoyo de Obregón y de los generales obregonistas y con la ayuda de Morones y las fuerzas obreras, entonces morones-callistas. Sin embargo, el peso político de Obregón era determinante, ya que él personificaba el único elemento de cohesión de las fuerzas políticas y armadas controladas por los militares. No es exagerado reconocer que Calles vivió, durante su presidencia, “a la sombra del caudillo”. Lo anterior resulta más claro si recordamos que, a partir de 1926, el estado apuntaló su estabilidad política en la colaboración que los caciques militares le brindaron para combatir el levantamiento armado de los cristeros.

Esta rebelión, originada en el conflicto entre la Iglesia Católica y el Estado, constituyó una amenaza bien diferente, a las experimentadas por el grupo hegemónico en el poder. Once años habían transcurrido y sólo un movimiento armado había tendido éxito, el de Agua Prieta en 1920, ya que la rebelión delahuertista en 1924 y la de Gómez Serrano en 1927 habían fracasado. Claro que dichos movimientos se habían gestado en el seno de la misma élite revolucionaria, y su triunfo o derrota no implicaba la eliminación del grupo revolucionario que ejercía la hegemonía política desde la caída de Victoriano Huerta, ni la destitución de la Constitución de 1917, sino que reflejaban, exclusivamente, problemas de ambición personal dentro de un mismo grupo.

La Rebelión Cristera, iniciada en el otoño de 1926, representaba un problema grave porque su posible triunfo conduciría necesariamente a la marginación del grupo hasta entonces dominante, así como al abandono de los principios revolucionarios asentados en la constitución política del país.

La Guerra Cristera cambió el panorama y el ambiente político exis-

tente, y propició la búsqueda del fortalecimiento y revigorización del grupo en el poder, resultando de ello la aceptación y colaboración de Calles en la reelección presidencial de Obregón, pese a que ya se perfilaban las fuerzas de Morones-Calles como duras y las de Obregón como moderadas.<sup>2</sup>

La existencia del sistema caudillista fue corroborada con la reelección de Obregón. La exaltación de su personalidad no se vio ensombrecida, pues las grandes figuras de la Revolución ya habían sido eliminadas y sus últimos rivales vencidos en la rebelión delahuertista.

En ese ambiente tuvo lugar el asesinato de Obregón. No es difícil imaginar la crisis que sobrevino al desaparecer el elemento aglutinador del sistema.

### *El gobierno de Calles*

La muerte de Obregón, ocurrida el 17 de julio de 1928, fue la causa directa de la formación de un partido político a nivel nacional, ya que tal hecho circunstancial sacó a la luz la vulnerabilidad del sistema personalista. Y en el proceso que culminó con la formación del Partido Nacional Revolucionario, Plutarco Elías Calles jugó un papel determinante. Por ello consideramos indispensable revisar, aunque sea someramente, el ambiente en el que Calles desempeñó el cargo de presidente constitucional, a fin de establecer la fuerza y debilidad de su posición durante la crisis provocada por la muerte del último caudillo revolucionario.

El gobierno de Calles vivió la pugna entre dos líderes representantes de grupos políticos en lucha: Álvaro Obregón como líder del ejército y Luis N. Morones como líder de los obreros organizados. Calles pretendió apoyarse en ambos y, a la vez, servir de contrapeso para evitar el fortalecimiento excesivo de un solo grupo.<sup>3</sup> Sin embargo, la fuerza natural del líder del ejército resultó ser un elemento limitante y engorroso para el presidente, quien difícilmente podía sobreponerse al hombre que no sólo era su padrino político, sino que también lo era de la mayoría de los hombres fuertes del país. Así pues, la lucha que se vivió durante ese periodo fue, concretamente, entre obregonistas y morones-callistas.

Pero, además de los conflictos internos, existía la presión ejercida por las tirantes relaciones diplomáticas entre nuestro país y los Estados Unidos de América. La nación entera se vio involucrada en este problema, y consideramos que el análisis de las diferentes soluciones pro-

<sup>2</sup> Vid., Jean Meyer, *Estado y Sociedad con Calles, México*, El Colegio de México, 1977, (Historia de la Revolución Mexicana, 11).

<sup>3</sup> *Ibidem*, p. 84.

puestas por las distintas corrientes políticas resultará interesante para el lector.

Finalmente, las mismas tensiones internas del gobierno jugaron un papel decisivo para desencadenar la explosión de un antiquísimo problema nacional en las relaciones entre la Iglesia y el Estado.

De todas estas cuestiones, la primera en solucionarse, como su importancia lo exigía, fue la concerniente a las relaciones con nuestro país vecino. La tensión en este campo llegó a niveles altísimos, ya que la política de ambos países oscilaba entre la mano dura y la mano conciliadora. En los Estados Unidos de América estas posiciones estuvieron representadas, entre otros, por el entonces embajador de ese país en el nuestro, James Sheffield, quien propiciaba una política de mano dura y buscaba la intervención militar norteamericana en México para acabar de una buena vez con las actitudes “bolcheviques” que, en su opinión, el gobierno sostenía. El embajador estadounidense consideraba necesario domar a los mexicanos, obligándolos a “respetar” los intereses yanquis. Sheffield era vocero de los intereses petroleros. En contrapartida con esa posición hubo una más moderada, representada por Dwight Morrow, el segundo embajador que ese país nos envió durante el gobierno de Calles. Morrow opinaba que la apariencia radical de ciertas leyes petroleras aprobadas durante el régimen callista no era más que el producto de la presión ejercida por las compañías petroleras extranjeras, y que si los Estados Unidos de América asumían una posición más suave y conciliatoria el gobierno mexicano habría de corresponder porque, en el fondo, éste aceptaba de buena gana la inversión extranjera. Morrow representaba los intereses bancarios, industriales y comerciales de sus conciudadanos.<sup>4</sup>

En México los duros eran los moronistas, por pretender enarbolar una actitud revolucionaria radical, frente a los obregonistas, que aceptaban una posición más conciliatoria ante los intereses extranjeros.

Los presidentes Plutarco Elías Calles y Calvin Coolidge apoyaron en forma alternada a los diferentes grupos que los aconsejaban. En ocasiones ocurrió que, cuando uno se mostraba conciliador, el otro atacaba, y hubo momentos en que ambos sostuvieron posiciones agresivas. La crisis llegó a ser muy grave.

El gobierno de los Estados Unidos, por consideraciones a su propia política tanto interna como externa, decidió ser el primero en adoptar definitivamente la política del compromiso; en consecuencia, sustituyó a Sheffield por Morrow como embajador suyo frente al gobierno mexicano. Calles respondió tal y como había pensado Morrow, y con ello dio principio una auténtica “luna de miel” en las relaciones diplomática hasta entonces poco amigables. Ambos países lograron aquéllo que más les interesaba: Estados Unidos, la derogación de las leyes

<sup>4</sup> *Ibidem*, p. 7-38.

petroleras más agresivas y, México, la seguridad de que el poderoso vecino del norte no proveería de armas a los enemigos del gobierno.<sup>5</sup>

El beneficio que México obtuvo en este arreglo le resultaba de vital importancia, pues ya para entonces se encontraba en pleno avance la Guerra Cristera.

No pretendemos adentrarnos en la cuestión cristera porque es sumamente compleja. Sin embargo, resulta necesario comprender tanto lo que su existencia representó como la influencia que tuvo sobre el contexto político. Sabemos que el problema que nos ocupa fue utilizado como foro para la pugna entre obregonistas y moronistas, como de hecho todo lo que acontecía en el panorama político; pero esto no puede explicar su surgimiento. Las dificultades en las relaciones entre la Iglesia y el Estado fueron y aún son comunes a muchos países. En México, este problema era ya centenario.

La posición de Calles al atacar a la Iglesia, o mejor dicho, al no dejarse atacar por ella e inclusive destruirla como institución política, obedeció, en nuestra opinión, a que la Iglesia Católica era la única institución permanente en nuestra historia y, por ello, había cobrado una fuerza política y económica que, aunque mermada por las Leyes de Reforma, continuaba ejerciendo en forma exagerada y peligrosa para un gobierno representante de un estado débil. Sólo destruyendo la fuerza política de la iglesia podía el gobierno aspirar a una preeminencia en ese terreno. Luego, pues, Calles no se doblegó ante las interferencias políticas de una institución por definición y práctica antirrevolucionaria.

En el terreno político, la Iglesia y los católicos mexicanos, que veían en ella su baluarte ideológico, no estuvieron dispuestos a ceder sin luchar contra los intereses del Estado y de la Revolución. El enfrentamiento entre el Estado y la Iglesia tuvo dos consecuencias que afectaron directamente al gobierno: la primera fue el boicot económico promovido por la Liga Defensora de las Libertades Religiosas, del cual nunca se han medido claramente sus efectos sobre la economía nacional y, la segunda, de suma gravedad, el levantamiento armado de los campesinos cristeros.

Este último punto es el que realmente nos interesa, pues la Guerra Cristera puso en jaque a la élite militar revolucionaria cuando ésta se mostró incapaz de extirpar el cáncer que dicha guerra implicaba para el sistema. Y no sólo esto. El movimiento cristero puso de manifiesto la debilidad del gobierno para controlar el territorio nacional.

Por más esfuerzos que el gobierno hizo jamás pudo erradicar los focos cristeros, los cuales soportaron medidas de extrema violencia en un acto de auténtico fanatismo por sus creencias. La Guerra Cristera

<sup>5</sup> *Ibidem*, p. 35-38.

no pudo concluirse durante el gobierno de Calles, lo cual es prueba de la magnitud que hubo de alcanzar.

Al igual que frente a la política norteamericana, los grupos internos mantuvieron actitudes diferentes. Morones sostuvo siempre una postura radical y aun provocadora, ya que pensaba que la Iglesia Católica en México debía separarse de la de Roma, en tanto que Obregón, contra lo que la voz popular sostenía, deseaba la solución del conflicto e interpuso en varias ocasiones sus buenos oficios como intermediario.<sup>6</sup> Pero puesto que la Guerra Cristera cobró proporciones incontralables, el ejército se convirtió en el principal apoyo de Calles, situación que colocó a Obregón en una posición definitiva e incuestionablemente más fuerte que a Morones, y más cerca de ocupar la Presidencia de la República en 1928.

Calles inclinó veladamente la balanza del lado moronista, pero pese a ello Obregón venció y logró la modificación de la constitución, así como su reelección para la Presidencia de la República. De esta suerte, mientras Obregón surgía como caudillo incuestionable, los días de Morones estaban contados; su fuerza política empezaba un proceso de debilitamiento paulatino e inevitable.

Este fue el ambiente en el que se gestó el asesinato de Obregón.

<sup>6</sup> *Ibidem*, p. 262-269.

